



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volúmen 10 • Número 1 (julio 2026) • Dossier

Imperialismo y dependencia: viejo y nuevo orden mundial en transición.

Imperialismo, superexplotación y multipolaridad incapaz: lecciones a partir de la realidad cubana.

Tomás Opazo Rodríguez

RECIBIDO: 15 de abril de 2026

APROBADO: 25 de junio de 2026

Imperialismo, superexplotación y multipolaridad incapaz: lecciones a partir de la realidad cubana.

Tomás Opazo Rodríguez
Licenciado en Historia de la Universidad de Chile
Maestrando de Historia y memoria de la
Universidad Nacional de La Plata
tomas.opazo@ug.uchile.cl

Resumen

A partir del análisis crítico del bloqueo estadounidense contra Cuba, el presente artículo busca reafirmar la vigencia del imperialismo como categoría analítica para la realidad presente. Poniendo en cuestión la supuesta multipolaridad contemporánea -personificada en el surgimiento de los BRICS- demostrando su incapacidad para proteger proyectos alternativos al capitalismo. Mediante la teoría marxista de la dependencia y el concepto de superexplotación, se propone una redefinición normativa de "multipolaridad efectiva" que trascienda la retórica diplomática y evalúe la capacidad real del orden internacional para resguardar experiencias transformadoras frente al capital internacional.

Palabras clave: imperialismo, superexplotación, multipolaridad efectiva, bloqueo

Abstract

Based on a critical analysis of the U.S. blockade against Cuba, this article seeks to reaffirm the validity of imperialism as an analytical category for the present reality. It calls into question the supposed contemporary multipolarity—embodied in the emergence of the BRICS—demonstrating its inability to protect alternative projects to capitalism. Drawing on the Marxist theory of dependency and the concept of super-exploitation, a normative redefinition of "effective multipolarity" is proposed, one that transcends diplomatic rhetoric and assesses the real capacity of the international order to safeguard transformative experiences against the international capital.

Keywords: imperialism / super-exploitation / effective multipolarity / blockade

Ante las consideraciones de este supuesto ordenamiento multipolar -caracterizado por el ascenso de nuevas potencias como China, Rusia, India y Brasil, agrupadas en los BRICS, así como por la reciente integración de la propia Cuba a este bloque-; cabe entonces preguntarnos ¿por qué la isla sigue sometida a una asfixia económica que ninguna de esas potencias aliadas ha logrado contrarrestar de manera efectiva? Para responder debemos asumir una confrontación teórica directa ante quienes han proclamado la muerte del imperialismo como categoría operante para el análisis, y el advenimiento de un “Imperio” descentrado (Negri y Hardt, 2000), exponiendo su naturaleza estructural, su vigencia contemporánea y su manifestación concreta en el bloqueo contra Cuba. Postulados fantásticos como estos, llamados a superar la categoría de imperialismo, hoy siguen arrogándose actualidad, argumentando cuestiones tales como que la “producción inmaterial” y el “poder descentrado” caracterizan al “capitalismo digital”, y que el imperialismo tradicional habría sido efectivamente superado por una nueva lógica global de control sin centro definido (Liyin & Fan, 2025). Ante esta vigencia del paradigma “hardt-negriano”, considero necesaria esta confrontación, que supone reponer la naturaleza estructural del imperialismo, su supervivencia contemporánea y su manifestación concreta en el bloqueo contra Cuba.

Un ejercicio que conlleva a su vez la necesidad de redefinición normativa de lo que sería una “multipolaridad efectiva”, que permita evaluar, más allá de la retórica diplomática, la capacidad real del orden internacional actual a la hora de proteger proyectos de desarrollo alternativos al capitalismo hegemónico.

Resulta tan claro como necesario el decir que este trabajo no se concibe como un mero ejercicio de erudición desinteresado, ni como una acumulación de citas y datos destinada a cumplir frente a una evaluación puramente academicista. Por el contrario, se inscribe y posiciona abiertamente en una tradición de pensamiento crítico, el marxismo, que asume la historicidad de sus propias categorías y la posición activa del intelectual como parte constitutiva fundamental en la producción del conocimiento. Porque como enseñaran Antonio Gramsci, José Carlos Mariátegui y Fernando Martínez Heredia, no hay conocimiento inocente, ni teoría -si es que alguna pretensión de realidad se tiene- que no sea también práctica. El presente análisis se da efectivamente desde una posición de solidaridad activa con la Revolución cubana. Esto no como un acto de fe ciega, sino que en la consideración crítica de que dicho proceso histórico representa, a pesar de sus propias contradicciones y dificultades, la apuesta más consecuente por una alternativa al capitalismo en el continente americano. Considero así que la toma de posición, lejos de invalidar el análisis, lo ilumina, permitiendo ver aquello que la pretendida “neutralidad valorativa” -ese dispositivo ideológico del liberalismo académico- necesariamente oscurece.

Esto puesto que para quienes consideramos que el problema fundamental para el desarrollo pleno de la Cuba socialista no es solo el bloqueo en sí mismo, como conjunto de sanciones económicas, sino el imperialismo norteamericano que lo ejecuta y sustenta -sírvase decir que esta consideración no se sostiene simplemente en caprichos de nostálgicos revolucionarios amantes de los uniformes verde olivo, como se suele ridiculizar, ni en conspiraciones locas de revolucionarios trasnochados, sino en datos concretos y verificables que demuestran cómo aquel imperialismo norteamericano, a través de más de seis décadas de bloqueo económico, comercial y financiero, ha causado a Cuba daños acumulados que superan los 499 mil millones de dólares, según el más reciente informe oficial presentado ante Naciones Unidas. Solo entre marzo de 2023 y febrero de 2024, las pérdidas ascendieron a 5.056,8 millones de dólares, es decir más de 421 millones de dólares mensuales, 13,8 millones diarios, y aproximadamente 575.683 dólares por cada hora de bloqueo, cifras que dan cuenta no de un simple obstáculo comercial, menos aún de la simplista figura de “embargo”, sino de una política deliberada de asfixia económica que la propia Organización de Naciones Unidas (ONU) ha calificado como una violación flagrante, masiva y sistemática de los derechos humanos de más de 11 millones de cubanos- la situación actual de la isla debería ser entonces, en teoría, insostenible en un mundo con múltiples polos de poder económico y político desafiantes de la anticuada hegemonía unipolar que Estados Unidos ejerció tras el fin de la Guerra Fría.

Considerando además la reciente incorporación de Cuba a los BRICS, bloque que se supone vendría a ofrecer un potente contrapeso al cerco estadounidense, abriendo horizontes de cooperación y solidaridad Sur-Sur que podrían aliviar la asfixia del bloqueo. Sin embargo y tristemente -al menos para quienes deseamos de manera genuina una mejora de las condiciones de vida del pueblo cubano- la realidad -la realidad imperialista- se empeña en desmentir esta optimista expectativa. Hoy el bloqueo no ha desaparecido, por el contrario, se recrudece. Las sanciones de Estados Unidos continúan intimidando a los socios comerciales de la isla, y la prometida “multipolaridad” continua incapaz de traducirse en acciones concretas que desafíen la coerción.

Cabe decir que las recientes acciones de solidaridad con Cuba realizada por países como Rusia, China y México -quienes han apoyado el abastecimiento de la isla con barcos de petróleo, paneles solares y alimentos- lejos de contradecir la tesis central, confirman precisamente la vigencia del imperialismo; en tanto ninguna potencia aliada ha logrado ni podrá, bajo las reglas actuales del capitalismo global, desarticular el poder estructural del bloqueo.

Una multipolaridad estancada

¿Por qué entonces, si el mundo es realmente multipolar, Cuba sigue siendo una nación sitiada? ¿Acaso el concepto mismo de «multipolaridad» soporta más de lo que posibilita? Estas preguntas son fundamentales para un análisis realmente crítico, frente a tesis que inauguraron el presente siglo asegurando la obsolescencia de la categoría de imperialismo -me refiero a la obra “Imperio” (2000) de Toni Negri y Michael Hardt-. Desde la izquierda posmoderna y su intelectualidad, se ha afirmado que la globalización capitalista contemporánea habría eliminado ya toda “exterioridad”, que ya no existiría un “afuera” (colonias, naciones dependientes o países no capitalistas) que conquistar o dominar; pues todo el mundo estaría dentro de un “Imperio” descentrado, sin centro geográfico identificable, gobernado por una red de flujos comerciales (Hardt & Negri, 2000).

Desde esta óptica, las anticuadas dicotomías de “centro y periferia” o de “países opresores y oprimidos” habrían perdido ya toda vigencia para quien deseara escudriñar la realidad presente. A la vez que la resistencia ejercida por parte de los distintos movimientos de liberación nacional, o las organizaciones de clase, serían totalmente inútiles. Lo que existiría hoy sería una “multitud” horizontal, que resiste molecularmente desde su propia singularidad -conclusión casualmente en extremo conveniente para sostener un sistema de dominación que es global-. Ante esta perspectiva, Cuba no sería entonces más que otro nodo en la red, y su “excepcionalidad” no sería más que un error de perspectiva, un mero desliz. Esta afirmación se cae a pedazos cuando se decide analizar la economía real y no solo sus formas políticas aparentes.

Cuando la realidad demuestra que el imperialismo no sólo no ha muerto, sino que se ha transformado y profundizado. Elaboraciones críticas y recientes, como las de John Smith (2016), han mostrado que la globalización neoliberal, lejos de ofrecer una red horizontal descentralizada, ha instaurado un nuevo régimen de “arbitraje laboral global”, aparato mediante el cual las empresas transnacionales, con sedes geográficas ubicables -y con los Estados Unidos como constante destino preferido-, siguen extrayendo enorme plusvalor del trabajo superexplotado del Sur Global, resolviendo las disputas entre trabajadores y empresas multinacionales mediante la aplicación de normas laborales internacionales que buscan evitar los sistemas judiciales nacionales -favoreciendo por supuesto siempre a estas últimas-. Hay efectivamente una cadena de mando vertical con un claro centro (el Norte global) y una periferia (El Sur global).

La enarbolada “multipolaridad” contemporánea -que sería personificada en este caso por el ascenso de los BRICS- no resulta entonces una prueba de caducidad del imperialismo, más bien llama a reconsiderar su operatividad hoy en una escala más amplia e integrada.

Porque una multipolaridad efectiva no debiera limitarse a la creación de múltiples polos de poder económico, una multipolaridad efectiva sería aquella que lograra asegurar condiciones políticas y materiales concretas para la coexistencia y reproducción de modelos de desarrollo que desafíen la lógica hegemónica global, de acumulación capitalista y de superexplotación de la periferia.

Existen actualmente elaboraciones crecientes que celebran a los BRICS como el advenimiento de un “mundo poshegemónico” y una “alternativa multipolar” al dominio estadounidense. Autores como Andrés Serbin han llegado a calificar a los BRICS como “un giro copernicano” en el escenario global, mientras que el sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos (2024) ha llegado a sugerir que los BRICS podrían ofrecer una alternativa de “capitalismo no colonial”. Sin embargo, esta perspectiva optimista, por atractiva que pueda resultar para quienes buscan desesperadamente signos de cambio en el mapa del capitalismo, adolece de un defecto fundamental: confunde la redistribución de cuotas de poder dentro del sistema imperialista con la transformación revolucionaria de sus bases estructurales.

Cuba ante el imperialismo todavía

En el tablero actual, Cuba sigue ocupando su rol de disidencia revolucionaria, encarnando principios de organización socialistas basados en la satisfacción de necesidades sociales por fuera de la lógica de la ganancia, sosteniendo sistemas de educación y salud gratuita, vivienda accesible, aun cuando esto no es funcional para el enriquecimiento económico nacional. Cuba se rige por un sistema económico que el imperialismo, a medida que su propia crisis contemporánea se profundiza, no puede tolerar, y que la multipolaridad vigente no ha sabido terminar de proteger.

Es en esta incapacidad de la multipolaridad -en un contexto de hegemonía del modo de producción y desarrollo capitalista-, que la tesis de Negri y Hardt se evidencia insuficiente. En un mundo ordenado por el “arbitraje laboral global” (Smith, 2016), la globalización neoliberal no es más que una característica más de la profundidad imperialista. La persistente capacidad de las empresas transnacionales del Norte Global para extraer enormes cantidades de plusvalor del trabajo superexplotado en el Sur Global, reemplazando su fuerza de trabajo doméstica, relativamente bien pagada, por fuerza de trabajo extranjera en condiciones de precarización, sigue siendo una característica patente, aún en el “orden multipolar”. Mientras los trabajadores en Bangladesh, que manufacturan prendas para una marca occidental, continúen ganando en un mes lo que un trabajador en Alemania gana en un día, a pesar de tener una productividad idéntica y/o superior, ¿podemos

abandonar las categorías de centro-periferia? ¿Se puede hablar de una “red horizontal” de intercambios simétricos?

Afirmar que hoy no se establece ningún centro de poder es una aseveración que choca de frente con el paredón de la realidad geopolítica y económica, particularmente por la persistencia del poderío estadounidense. Estados Unidos sigue siendo, de lejos, el actor privilegiado del sistema mundial. El dólar continúa siendo la moneda de reserva global, lo que le permite financiar sus déficits gemelos y ejercer una coerción financiera unilateral. La OTAN, liderada por los mismos Estados Unidos, sigue siendo el brazo armado del capitalismo occidental, con bases militares en más de 80 países. Y las sanciones financieras unilaterales a países periféricos -como el bloqueo a Cuba o las medidas coercitivas unilaterales a Venezuela- siguen teniendo un poder devastador, demostrando que la capacidad de Washington para imponer su voluntad a escala global no ha disminuido, sino que se ha refinado y tecnificado.

Y esto sin considerar el avasallamiento político-militar que sigue siendo ejercido por una nación que secuestra presidentes de países ajenos, asesina mandatarios extranjeros de otros continentes, financia bombardeos en medio oriente y proclama a todo el hemisferio sudamericano como propio -me refiero aquí a la reivindicación de la segunda administración trumpista de la doctrina Monroe en el documento “Estrategia de Seguridad Nacional” publicado por la Casa Blanca a finales de 2025, en donde se reafirma la auto otorgada potestad estadounidense sobre Latinoamérica- ¿Dónde está la “descentralización” cuando una decisión emanada desde Washington D.C puede asfixiar a un país entero, impidiéndole importar alimentos, medicinas o combustible? El “Imperio” sin centro de Negri y Hardt no es más que una ficción ideológica que oculta, bajo una retórica supuestamente radical, la continuidad y profundización del poderío imperial norteamericano.

Negar la existencia del imperialismo como sistema estructurado de dominación con centros identificables, intentar disolver retóricamente las asimetrías concretas entre países y clases en la categoría amorfa de “multitud”, descartar la necesidad de organizaciones políticas centralizadas y de proyectos revolucionarios globales, no es sólo analíticamente pobre, sino directamente funcional al mismo imperialismo. Si la dominación es difusa y está en todas partes, entonces no está en ninguna. Si la resistencia es molecular y se expresa en actos individuales de fuga y creatividad, entonces no hay necesidad de construir poder popular, de tomar del Estado ni de transformar las relaciones de producción. Es al alero de estas elucubraciones que se ha nutrido la actual izquierda “posmarxista”. En el mejor de los casos se podría creer que lo de Negri y Hardt se trata de un optimismo ingenuo, en el peor, es una coartada elegante para justificar la capitulación.

Es por eso que aquí se propone recuperar y actualizar el arsenal conceptual del marxismo crítico, demostrando que el imperialismo no sólo aún supervive, sino que se ha transformado, profundizado y complejizado. Para ello, nos apoyaremos en elaboraciones ya planteadas por Lenin, en la teoría marxista de la dependencia y los desarrollos contemporáneos alrededor de la “tercera forma de plusvalor”, cumpliendo con aquella frase de Martí (1975) que reza que “las cosas, cada vez que son sinceras, son nuevas” (p.40).

Se vuelve necesario volver en este caso a Lenin (1916), para retomar su caracterización del imperialismo como fase superior del capitalismo, es decir, no como una política exterior accidental o una desviación moral de ciertos Estados, sino como el desarrollo necesario de las contradicciones internas propias del modo de producción capitalista. Fase superior cuyas características principales, señaladas por Lenin (1916) -la concentración de la producción y el capital hacia monopolios decisivos; la fusión del capital bancario con el industrial, generando una oligarquía financiera; la exportación de capital, distinta de la exportación de mercancías; la formación de asociaciones internacionales monopolistas que se reparten el mundo; y la terminación del reparto territorial del mundo entre las potencias capitalistas más importantes- conservan, a nuestro juicio, una notable actualidad, siempre que se les interprete no como un *checklist* estático, sino como tendencias dinámicas que se despliegan de manera desigual y contradictoria en el tiempo histórico.

Esto debe complementarse además con el concepto de “superexplotación”, fundamento específico del capitalismo periférico, la cual se ejerce contra los países dependientes. Siendo importante recalcar que, como trabaja Marini (1973), la dependencia no es una simple etapa, susceptible de ser superada por los países que la sufren, en un camino hacia el siempre prometido desarrollo. Las periferias no son simplemente “menos desarrolladas” que el centro, sino que están organizadas de manera tal que le transfieren sistemáticamente plusvalor mediante la subremuneración de su fuerza de trabajo, la prolongación de la jornada laboral y el aumento de su productividad.

Para el presente caso, Cuba, al garantizar derechos sociales universales y sostener una estructura económica no orientada a maximizar la ganancia mediante la miseria salarial, constituye una negación viviente y constante de esta lógica de superexplotación. Es esta la razón por la que el imperialismo, cuya ambición de manejo es total, no puede tolerarla. Su mera existencia supone una interpelación constante al sistema.

El hecho de que hoy Estados Unidos no sea más el único polo económico no significa que el sistema haya dejado de ser imperialista. Lo que ha cambiado es el espacio donde opera la ley fundamental del capitalismo. La ley del valor opera hoy a escala mundial (Amin, 1980) las diferencias nacionales en los precios de la fuerza de trabajo no se explican por diferencias

en la productividad -como podría sostener la economía vulgar- sino por la fragmentación de la clase obrera y por las condiciones concretas de la lucha de clases en cada país. Hoy es el mercado mundial el que determina el valor, los precios y la acumulación. Por tanto, la multipolaridad no es *quid pro quo* la negación del imperialismo, sino su nueva forma de operar a una escala más amplia e integrada. El bloqueo a Cuba, desde esta perspectiva, no es una medida excepcional o una reliquia de la Guerra Fría, sino una manifestación de este imperialismo persistente: se trata de impedir que un país rompa con la división internacional del trabajo impuesta por el capital global, de castigar a quien se niega a ser un mero proveedor de materias primas baratas o un mercado para bienes suntuarios.

Volver a Marx y Lenin

Cuando reconectamos la teoría del imperialismo con la teoría del valor de Marx, mostrando que la superexplotación no es una anomalía o un residuo del pasado, sino la forma contemporánea predominante de extracción de plusvalor, es que podemos volver a armarnos

de un arsenal teórico realmente capaz de otorgar una redefinición normativa efectiva y estratégica al concepto de “multipolaridad”. No se trata, desde luego, de la misma definición que se podría encontrar en los manuales de relaciones internacionales, o aún en las propias declaraciones de los foros de los BRICS, en donde la multipolaridad se trata casi exclusivamente como una estructura de poder donde ningún Estado o bloque posee la hegemonía total. Por el contrario, se apunta a una definición que emerja de la crítica y que establezca un estándar exigente para evaluar verdaderamente las pretensiones de transformación al orden internacional. Definimos entonces a la multipolaridad efectiva como aquella configuración del poder global que no se limita a la creación de polos de poder económico alternativos -los cuales, como hemos visto, pueden coexistir perfectamente con la persistencia de la superexplotación y la dominación imperialista-, sino que implica el aseguramiento de condiciones políticas y materiales concretas para la coexistencia y reproducción de modelos de desarrollo que desafíen la lógica de la acumulación capitalista y la superexplotación de la periferia.

Es decir, orden genuinamente multipolar sería aquel en el que un proyecto como el de la Revolución cubana -basado en la satisfacción de necesidades sociales por fuera de la lógica de la ganancia y el consumo- pudiera no solo sobrevivir, sino prosperar, sin estar sometido a una asfixia económica sistemática. Desde esta perspectiva, el ingreso de Cuba a los BRICS, si bien puede interpretarse como un logro diplomático y una apertura de horizontes, no constituye por sí mismo una prueba de que la multipolaridad efectiva esté operando. La discusión es otra; ¿están dispuestos los BRICS a desafiar el bloqueo median-

te acciones concretas -envíos de petróleo, escolta de buques, ruptura del cerco financiero- o se limitarán a declaraciones simbólicas en foros internacionales? ¿Están disponibles para construir una verdadera retaguardia material de la Revolución cubana, o la dejarán sola en su lucha cotidiana por sobrevivir? La historia, hasta ahora, muestra que la segunda opción continúa predominando. Insistimos en que no es un accidente, sino una consecuencia necesaria de la naturaleza del orden multipolar contemporáneo: uno que, en palabras del analista cubano Josué Veloz Serrade (2026), “no es un orden alternativo, es una extensión descentralizada del mismo dominio, un sistema donde la multipolaridad es la forma decorativa de la unipolaridad efectiva”.

Hoy, en un mundo en que la fusión del capital bancario con el industrial, que Lenin describió a partir de los ejemplos de Alemania y Francia, ha alcanzado niveles de integración y complejidad que no podría haber imaginado, en donde los derivados financieros, los fondos de inversión libre, las calificadoras de riesgo y los paraísos fiscales constituyen el andamiaje de una oligarquía financiera global cuyas decisiones afectan la vida de miles de millones de personas. En donde la exportación de capital se ha sofisticado -pero sosteniendo su esencia, la búsqueda de tasas de ganancia más elevadas en la periferia que las que pueden obtenerse en los saturados mercados del centro- combinando la inversión extranjera directa tradicional, que instala filiales de empresas transnacionales en países de bajos salarios, con la inversión de cartera, flujos especulativos de corto plazo, y posibilidades de endeudamiento externo para los Estados periféricos -lo que funciona no sino como otro mecanismo más de transferencia de valor hacia el centro-.

Resulta ridículo sostener que imponer sanciones económicas a sus importaciones fundamentales, prohibirle el ingreso a la Sociedad para las Telecomunicaciones Financieras Interbancarias Mundiales -el sistema “SWIFT” es el estándar mundial para el intercambio de mensajes financieros, el cual Cuba no puede utilizar, dificultando enviar o recibir dinero- amenazando con excluir del sistema financiero estadounidense a cualquier banco extranjero que procese transacciones vinculadas a la isla, incluyendo a las entidades que lo hacen en la “Cuba Restricted List”, impedir el ingreso de petróleo crudo y derivados provenientes del exterior mediante la modificación de licencias generales de la Oficina de Control de Activos Extranjeros (OFAC), prohibir la venta a Cuba de cualquier producto que contenga más de 10% de componentes estadounidenses (lo que incluye casi toda la tecnología o maquinaria moderna), incluso si el fabricante es europeo o asiático, no constituye una agresión imperialista desde los Estados Unidos contra Cuba. Y esto solo remitiéndose al plano económico, puesto que si quisiéramos abordar la agresión imperialista y sus repercusiones en el plano cultural, artístico, político, periodístico y comunicacional (Kohan, 2021), hay libros extensos ya escritos para visitar y estudiar el tema con seriedad.

Mientras tanto, la creciente capacidad de endeudamiento del resto de países del Sur Global no termina de ser prueba de “desarrollo” o de “integración soberana” al mercado mundial, muy por el contrario, constituye una nueva forma de sujeción imperialista, una actualización del viejo mecanismo de la deuda externa que ya en el siglo XIX servía a las potencias europeas para controlar las finanzas de sus “áreas de influencia”. La Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, si bien no son asociaciones monopólicas en el sentido estricto, funcionan hoy como dispositivos institucionales que garantizan las condiciones generales para el despliegue de las cadenas globales de valor, todo mientras “aconsejan” a los Estados periféricos las “reformas estructurales” necesarias para atraer inversiones extranjeras: flexibilización laboral, apertura comercial, privatización de empresas públicas, y recortes del gasto social. Quienes celebran la multipolaridad como la llegada de un orden más justo y equilibrado poco se han esforzado en discutir realmente respecto al rol de estos dispositivos, creados bajo la hegemonía estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, y que siguen siendo el marco regulatorio fundamental del comercio y las finanzas globales.

La decisión del presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, en enero de 2026, de definir a Cuba como una “amenaza inusual y extraordinaria” para la seguridad nacional de su país, imponiendo aranceles a cualquier nación que comercie petróleo con la isla, no es entonces una excentricidad de un mandatario errático. Es una manifestación de la violencia intrínseca del imperialismo, que desde su posición de monopolio económico, político y militar en la región busca estrangular a un Estado que desafía su dominio. La declaración de Trump de que “Cuba no podrá sobrevivir” no es una bravuconería retórica, sino la verbalización explícita de un objetivo de dominación, el mismo que ha guiado la política norteamericana para con la isla desde la ruptura de relaciones diplomáticas en 1961. Es una medida más en una lista de estrategias que ha incluido desde el aislamiento diplomático, las invasiones fallidas (Playa Girón), los atentados terroristas (explosión del avión de Cubana de Aviación en 1976 y atentados hoteleros en los años noventa), hasta guerra cultural y de contrainsurgencia “soft” financiada por agencias como la USAID y la NED (Kohan, 2021). Se trata de una obsesión imperialista que persigue el franco aniquilamiento. Privar a la isla de los recursos necesarios para mantener su modelo y forzar un “cambio de régimen” que restaure las condiciones para la superexplotación. Una presión que los BRICS y la declarada multipolaridad aún no logran contrarrestar.

El neoliberalismo actual se ha servido del arbitraje laboral global para combatir la contradicción de la tasa decreciente de ganancia, ya atestada por Karl Marx en el tomo III de “El Capital” -a medida que el capitalismo se desarrolla, la rentabilidad general tiende a disminuir. Esto ocurre porque las empresas invierten cada vez más en maquinaria y tecno-

logía (capital constante) que en la fuerza de trabajo humana (capital variable), siendo esta última la única fuente de plusvalía-, logrando la reducción de las tarifas arancelarias y la remoción de barreras al flujo de capitales -en conjunto con la promoción de la militarización de las fronteras y discursos activadores de la xenofobia para impedir el libre flujo de la fuerza de trabajo- (Smith, 2016), logrando una parodia de globalización: sin fronteras para las mercancías, las fábricas y los capitalistas, pero con fronteras férreamente vigiladas para los trabajadores. Así, la competencia entre los países de bajos salarios, inmersos en una situación de “doble fragilidad” (Amin, 2014), y en la búsqueda por atraer inversiones extranjeras, ha generado una carrera al abismo, en la que cada país ofrece condiciones laborales más precarias que el otro, salarios más bajos y regulaciones ambientales más laxas, para captar una fracción de los flujos de capital.

Cuba, al negarse a participar en la carrera, se convierte en un obstáculo. Su modelo no “compite”. No se trata de que Cuba sea una “amenaza militar” -no lo es, y todos lo sabemos sino de que es una amenaza simbólica ejemplar; demuestra que hay otra forma de organizar la economía y la vida, que la superexplotación no es una necesidad sino una decisión, y que esa decisión puede no tomarse. La insistencia de Cuba en sobrevivir, a pesar de décadas de bloqueo y hostilidad imperial, es intolerable para un sistema que basa su legitimidad en la idea de que no hay alternativa posible.

Recuperar las lecciones

Veloz Serrade, en su artículo “Cuba en la encrucijada de un multilateralismo hipócrita” (2026), lleva esta crítica al terreno de la geopolítica contemporánea. Su tesis es contundente: “Un orden mundial que dice llamarse multipolar, pero no protege a sus miembros más vulnerables cuando el Amo aprieta, no es un orden alternativo, es una extensión descentralizada del mismo dominio”.

Ante la momentánea incapacidad de los BRICS, convendría recordar ejemplos históricos audaces de organizaciones pasadas, tales como La Declaración de Belgrado de los Países No Alineados (NOAL) en 1961. Allí, los países que recién se quitaban el polvo del yugo colonial afirmaban, sin ambigüedades, que “solamente se puede conseguir una paz duradera si este enfrentamiento lleva a un mundo donde el dominio del imperialismo, el colonialismo y el del neocolonialismo en todas sus manifestaciones esté radicalmente eliminado”. El enemigo a derrotar no era un “desequilibrio de poder”, sino el imperialismo y el colonialismo de manera explícita. Se entendía que la paz duradera no se lograría mediante acuerdos entre potencias, sino mediante la eliminación radical de las bases de la dominación. Los NOAL originales -el de Bandung (1955) y Belgrado (1961)- entendían

que la “multipolaridad” política sería insufrible sin una transformación real de las relaciones económicas globales. Se aspiraba a transformar radicalmente el orden internacional.

Quienes fueran los líderes de los NOAL por entonces -Sukarno, Nasser, Nehru, Nkrumah, y más tarde Castro- no pedían un lugar en la mesa de la Guerra Fría, sino la construcción de un tercer espacio, autónomo de los dos bloques, que pudiera impulsar una alternativa al capitalismo estadounidense y al socialismo soviético. Con ejemplos como este es que podemos afirmar hoy que cualquier multipolaridad que no se configure con tal audacia, no podrá proteger a Cuba, porque protegerla requiere desafiar las reglas estructurales del juego. Bien decía Lenin (1916) que “las alianzas pacíficas preparan las guerras y, a su vez, surgen del seno de la guerra, condicionándose mutuamente, engendrando una sucesión de formas de lucha pacífica y no pacífica sobre una y la misma base de relaciones imperialistas”.

En ese mismo sentido, hablar de un “nuevo orden multipolar” sin poner en cuestión la permanencia del imperialismo, es una mirada kautskiana e ingenua. No es que los BRICS carezcan de poder económico o de influencia diplomática. China es la segunda economía del mundo, Rusia es una potencia militar y energética, India y Brasil son actores de peso en sus respectivas regiones. Pero la realidad actual de Cuba muestra que el conflicto no ha cesado. El viejo orden no solo sobrevive, sino que contraataca con ferocidad para reafirmar que, en su esfera de influencia directa, sigue siendo la fuerza principal. La pregunta, entonces, no es si acaso la multipolaridad existe o no existe, la pregunta es qué tipo de relaciones sostiene, y si es capaz de albergar proyectos alternativos al capitalismo. Nuestra respuesta, hasta ahora, es negativa.

Con la actual escalada de los Estados Unidos contra Cuba, con las sanciones contra las importaciones petrolíferas como cuestión principal, se apunta directamente al corazón de la vida cotidiana de los cubanos. Los apagones prolongados, la cancelación de vuelos, los cortes en servicios básicos como hospitales y recolección de basura, son el objetivo deliberado de la estrategia de asfixia. Desde una perspectiva teórica, reincorporando la categoría de imperialismo a la discusión contemporánea, no se trata solo de extraer plusvalor de la periferia mediante la superexplotación, como demostró Marini. Se trata también de destruir aquellos proyectos que se niegan a insertarse en esa lógica del capital global.

La evidencia empírica para poner en cuestión la realidad de un nuevo orden multipolar es abrumadora. No bastan las declaraciones de apoyo a Cuba en los foros internacionales, las votaciones mayoritarias en la Asamblea General de la ONU contra el bloqueo (165 votos a favor y solo 7 en contra en la última votación, con Estados Unidos e Israel entre los detractores). Los BRICS no han tomado medidas concretas para romper totalmente el

cercos. No se envía el suficiente petróleo, no se escoltan los buques de suministros que van rumbo a la isla, no han creado mecanismos financieros alternativos que permitan a Cuba comerciar y pagar, y menos se han amenazado con sanciones recíprocas a Estados Unidos por su violación del derecho internacional.

¿Por qué? La respuesta más superficial y autocomplaciente sería decir que los integrantes de los BRICS son «realistas», que han decidido estoicamente el no enfrentarse de manera directa a los Estados Unidos. Pero esta explicación, además de ser derrotista, es falsa. Los países integrantes de los BRICS se enfrentan actualmente a Estados Unidos en múltiples frentes: en el Mar de China Meridional, en Ucrania, en el estrecho de Ormuz, en el conflicto comercial y tecnológico, en la competencia por la influencia en África y América Latina. No es verdadero entonces decir que lo que evitan es la confrontación. Más sincero sería afirmar que solo eligen hacerlo en aquellos terrenos donde sus intereses nacionales están directamente en juego, y evitan hacerlo en aquellos terrenos en donde el costo no se justifica por el beneficio esperado. Cuba, desgraciadamente, ha quedado en la segunda categoría.

Hoy por hoy, y hace ya varios años, para la mayoría de los intelectuales contemporáneos, así como para las potencias nacionales emergentes, defender a Cuba no es una prioridad estratégica. Es, en el mejor de los casos, un símbolo, una bandera que se enarbola en charlas universitarias y en los foros internacionales sin costo alguno, y en el peor de los casos, una carga, un problema moral y político que genera fricciones con Estados Unidos y la defendida “sociedad abierta” o el “socialismo democrático”, sin ofrecer a cambio ningún tipo de ventaja académica, económica o militar significativas.

Los discursos sobre la solidaridad Sur-Sur y la multipolaridad no pasan de ser, en este contexto, retórica vacía, cuando no hipocresía cínica. El contraste con el espíritu de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL), “la Tricontinental” y de los Países No Alineados originales es, frente a este escenario, aleccionador y necesario. Ernesto Guevara escribía en su “Mensaje a la Tricontinental” de 1967; “La solidaridad del mundo progresista -para con el pueblo de Vietnam- semeja a la amarga ironía que significaba para los gladiadores del circo romano el estímulo de la plebe. No se trata de desear éxitos al agredido, sino de correr su misma suerte; acompañarlo a la muerte o la victoria”. Esa lección, que fue aprendida por los movimientos de liberación nacional en los años sesenta y setenta, parece haber sido olvidada por la izquierda institucional y los gobiernos progresistas del siglo XXI. La “multipolaridad” se ha convertido en un sucedáneo de la solidaridad revolucionaria efectiva, en una forma de aparentar que se está del lado de los oprimidos, pero sin asumir los costos que ello implica. Cuba es empujado al papel de “gladiador” que entretiene a la plebe con su heroísmo, mientras es enviado

a la muerte. Las palabras de Guevara resuenan así hoy como el recordatorio incómodo de lo que la multipolaridad debería ser y no es.

Frente a quienes, desde una perspectiva esperanzada pero, a nuestro juicio, excesivamente confiada, califican el ascenso de los BRICS como un “giro copernicano” (Serbin, 2024) en el escenario global, debemos insistir en las advertencias que el propio analista ruso Andrey Kortunov formulara en 2018 y que el tiempo no ha hecho más que confirmar. Kortunov señaló con agudeza lo que la revisión de las experiencias históricas de los siglos anteriores devela; un orden mundial que se transforme gradualmente. Los cambios sistémicos de 1815, 1919 y 1945 fueron revolucionarios, no negociados. Según Kortunov, la construcción gradual de un nuevo orden multipolar podría condenar a la humanidad a permanecer décadas en una “zona gris” entre el orden antiguo y el nuevo, el tiempo interregno descrito ya por Gramsci (1981), en donde surgen los monstruos. El presente de Cuba es la prueba más elocuente de esta “zona gris”, con retóricas multipolares mediante, la isla sigue padeciendo el bloqueo.

Este breve artículo no tiene la pretensión de ofrecer recetas mágicas para resolver el presente. Sería absurdo, además de arrogante, creer que un individuo es portador de aquella respuesta, o que las condiciones de los años sesenta pueden ser reproducidas mecánicamente en el siglo XXI. Pero sí se tiene la intención de recuperar lecciones que impulsen a la acción colectiva; que la solidaridad no es un lujo moral, sino una necesidad estratégica; que la lucha antiimperialista no es un residuo del pasado, sino una tarea urgente del presente; que la construcción de un mundo nuevo no puede delegarse en los gobiernos nacionales, por más “progresistas” que sean o se autoproclamen, sino que requiere la movilización activa de los pueblos. Estas lecciones, que parecieran haber sido olvidadas por la izquierda institucional y los movimientos altermundistas, siguen siendo válidas, hoy más que nunca. Cuba, al resistir, nos la recuerda.

“En cualquier lugar que nos sorprenda la muerte, bienvenida sea, siempre que ése, nuestro grito de guerra haya llegado hasta un oído receptivo y otra mano se tienda para empuñar nuestras armas, y otros hombres se apresten a entonar los cantos luctuosos con tableteo de ametralladoras y nuevos gritos de guerra y de victoria” (Guevara, 1967).

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, S. (1980). *Reflexiones sobre la teoría del imperialismo*. Nueva Sociedad, (50), 5-24.
- Amin, S. (2006, diciembre). *Beyond liberal globalization*. Monthly Review, *58*(7). <https://monthlyreview.org/2006/12/01/beyond-liberal-globalization/>
- Amin, S. (2014). *Capitalism in the age of globalization*. Zed Books. (Trabajo original publicado en 1997)
- Brzezinski, Z. (1997). *The grand chessboard: American primacy and its geostrategic imperatives*. Basic Books.
- Declaración de Belgrado de Países No Alineados. (1961). [Documento histórico].
- De Sousa Santos B. (2024), «Tercera guerra mundial, los BRICS y la salvación del planeta», OtherNews, 3 janvier.
- González, F. & Cupull, A. (2026). *La Isla indomable*. Editora Alternativa Periodística.
- Guevara, E. (1967). *Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental*. Consejo de Seguridad Nacional de Cuba.
- Gramsci, A. (1981). *Cuadernos de la cárcel*. Ediciones Era.
- Hardt, M., & Negri, T. (2000). *Imperio*. Harvard University Press.
- Kissinger, H. (1969). *American foreign policy: Three essays*. W.W. Norton.
- Kohan, N. (2021). *Hegemonía y cultura en tiempos de contrainsurgencia «soft»*. Ocean Sur.
- Kohan, N., Marini, R. M., Bambirra, V., Dos Santos, T., Leiva, O. C., Amin, S., ... & Lenin, V. I. (2022). *Teorías del imperialismo y la dependencia desde el Sur global*. Editorial Cienflores.
- Kortunov, A. (2018). *Why the world is not becoming multipolar*. Russia in Global Affairs, 16(3)
- Lenin, V. I. (1916). *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. (Obras completas).
- LIN, A. (2025). *The Trump Administration's National Security Strategy 2025: Continuity and Realist Turn in American Exceptionalism And the Dawn of the Dual Exceptionalism Clash-AI, Legitimacy, and the First True Civilizational Collision in Modern History*.
- Marini, R. M. (1973). *Dialéctica de la dependencia*. Era.
- Liyin, Y., & Fan, Z. (2025). Rethinking Negri and Hardt's Theory of "Empire" from the Perspective of Historical Materialism. Teaching and Research, 59(7), 112.
- Marx, K. (2000). *El capital. Tomo 1. Vol. III* (Vol. 3). Siglo XXI.
- Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba. (2024). *Necesidad de poner fin al bloqueo económico, comercial y financiero impuesto por los Estados Unidos de América contra Cuba*. La Habana, Cuba.
- Oficina Nacional de Estadística e Información (ONEI) de Cuba. (2024). *Anuario Estadístico de Cuba 2023*. La Habana, Cuba.
- Rodríguez Parrilla, B. (2026, 30 de enero). Declaración del Ministro de Relaciones Exteriores de Cuba. Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba.
- Smith, J. (2016). *Imperialismo en el siglo XXI*. Ecología y Desarrollo, (10), 49-73.
- The Statesman. (s.f.). *Kazan BRICS statement calls for fairer world order*. Recuperado el 6 de abril de 2026, de <https://www.thestatesman.com/world/kazan-brics-statement-calls-for-fairer-world-order-1503357069.html>
- Treto, C. A. (2023, septiembre 8). BRICS: desafíos y oportunidades geopolíticas para Cuba y el mundo. La Joven Cuba. <https://jovencuba.com/brics-desafios-oportunidades/>
- United Nations General Assembly. (2025, 28 de octubre). *Resolution A/79/L.6: Necessity of ending the economic, commercial and financial embargo imposed by the United States of America against Cuba*.

- United Nations Human Rights Council. (2022). *Report of the Special Rapporteur on the negative impact of unilateral coercive measures on the enjoyment of human rights* (A/HRC/51/33).
- United Nations News. (2025, 28 de octubre). Amid shifting alliances, General Assembly demands end to US embargo on Cuba. <https://news.un.org/en/story/2025/10/1166213>
- United Nations News. (2026, 4 de febrero). Cuba: UN warns of possible humanitarian ‘collapse’, as oil supplies dwindle. <https://news.un.org/en/story/2026/02/1166895>
- United Nations News. (2026, 5 de febrero). Risque d’effondrement humanitaire à Cuba avec la diminution des approvisionnements en pétrole. <https://news.un.org/fr/story/2026/02/1158363>
- United Nations Office of the High Commissioner for Human Rights (OHCHR). (2026, 11 de febrero). UN experts condemn US executive order imposing fuel blockade on Cuba. <https://www.ohchr.org/en/press-releases/2026/02/un-experts-condemn-us-executive-order-imposing-fuel-blockade-cuba>
- Veloz Serrade, J. (2026). *Cuba en la encrucijada de un multilateralismo hipócrita*. Huella del Sur.
- VI Conferencia de Países No Alineados. (1979). [Documento histórico].
- World Bank. (2024). Cuba: Country overview. <https://www.worldbank.org/en/country/cuba/overview>